

NUNCA CAMINARÁS SOLO

Hermógenes Patón

NUNCA CAMINARÁS SOLO


ESDR JULIA
EDICIONES

{COLECCIÓN **SÍSTOLE**}

Primera edición, marzo 2023

© Hermógenes Patón Martínez, 2023

© Esdrújula Ediciones, 2023

ESDRÚJULA EDICIONES

Calle Pintor Zuloaga 20, 18005 Granada

www.esdrujula.es

info@esdrujula.es

Edición a cargo de

Mariana Lozano Ortiz

Maquetación: Carmen Álvarez

Diseño de cubierta: Ana María Botero

Impresión: Centro Gráfico Digital Granada

«Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeren o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica, fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.»

Depósito legal: GR 441-2023

ISBN: 978-84-126838-0-6

Impreso en España · Printed in Spain

A mis padres, especialmente a Clara, mi madre,
que no pudo ver ningún libro con el nombre de su
hijo en la portada y sé que estaría tremendamente
orgullosa.

Nunca Caminarás Solo
PRIMERA PARTE

Lo primero que notó al despertar fue un intenso dolor de cabeza. Tanto le dolía que no podía pensar con claridad. De hecho, intentaba recordar dónde estaba o qué había hecho antes de dormir, pero nada acudía a su mente. Enseguida se dio cuenta de que no solo tenía dolor de cabeza, todos sus sentidos estaban abotargados. Los sonidos llegaban a ella como si tuviera sumergida la cabeza en el agua. Y lo peor, sin embargo, estaba por llegar. Al abrir los ojos y darse cuenta de que veía todo lo que le rodeaba como si estuviera desenfocado y que parecía moverse como a cámara lenta, comprendió que algo no andaba bien. De pronto, en el centro de las tripas comenzó a notar el miedo. Un miedo que no paraba de crecer y que la instaba a huir de allí. «¡Sal de aquí cuanto antes! ¡No pienses! ¡No pierdas tiempo!...» eran las únicas palabras que a partir de ese momento inundaron su cerebro, como si alguien se las gritara desde su propio interior. Sana reaccionó, aunque su cuerpo no parecía querer colaborar. Cada movimiento le costaba un esfuerzo enorme, pues sus músculos no atendían los mandatos que su cerebro les enviaba. Poco a poco, logró incorporarse. A su alrededor la realidad parecía ir enfocándose lentamente,

por lo que pudo contemplar el cuchitril asqueroso y lleno de basura y suciedad en el que se encontraba. Seguía sin reconocer el lugar y sin comprender qué hacía allí y por qué se encontraba tan mal. Cogió una sudadera para cubrirse y comenzó a caminar pegada a las paredes buscando una salida. «¡No pares! ¡Sal de aquí!», repetía su cerebro. Pero le costaba avanzar. Las piernas le fallaban, perdía el equilibrio, no sabía hacia dónde debía caminar... y el miedo no dejaba de crecer. Entonces escuchó las voces de varios hombres que discutían acaloradamente. Y pese a que no entendía nada de lo que se decían, pues su sentido del oído seguía ofreciéndole una realidad distorsionada, comprendió de forma inmediata que debía alejarse de ellas todo lo que pudiera. Tambaleándose, con pasos aún inseguros, avanzó por un pasillo oscuro que conducía a una única puerta. Esperaba encontrar tras ella la libertad, porque solo había podido entrever dos puertas desde que salió del zulo, y la primera era tras la que aquellos hombres no dejaban de discutir. No quedaba más remedio que avanzar hacia esta otra puerta y confiar en que le ofreciera una salida. Con un enorme esfuerzo alcanzó la puerta, tomó con sus dos manos temblorosas el picaporte y comenzó a abrirla muy despacio, intentando evitar cualquier ruido que pudiera delatarla. En cuanto el hueco fue lo suficientemente grande, asomó la cabeza para ver qué había al otro lado. Era una especie de tienda de chuches, llena de cajas, estanterías, frigoríficos... Tras el mostrador había una señora que parecía estar dormida y, sentado en un taburete a un lado de la puerta de entrada, había un joven con pinta de pandillero, que no dejaba de mirar su teléfono móvil. Tenía que intentar escapar de allí sin que la vieja se despertara y llegar a la puerta con

opciones de salir corriendo, antes de que el chaval pudiera reaccionar. Conforme pasaban los minutos, su mente se iba despejando, el dolor de cabeza iba remitiendo y sus sentidos parecían ir recobrando poco a poco la normalidad. Aunque seguía sin recordar el motivo, era consciente de la urgencia que la llevaba a huir de ese lugar. Y, sin embargo, necesitaba tomarse unos segundos para respirar con calma y coger fuerzas para acometer esos últimos diez o quince metros. Pero no los tuvo. Antes de ni siquiera terminar de hilar ese pensamiento, los hombres que estaban discutiendo salieron al pasillo, y el primero, cuyo rostro le devolvió de golpe la memoria de lo ocurrido, lanzó un alarido nada más verla. Ella reaccionó de manera sorprendentemente rápida, abrió la puerta que daba a la tienda y se dirigió corriendo hacia la salida. En ningún momento miró hacia atrás, tan solo miró al chaval, que no entendía por qué le interrumpían su partida en el móvil, antes de soltarle una furiosa patada en los huevos que lo dejó doblado en el suelo contemplando cómo aquella chica salía a la calle y no dejaba de correr.

II

—¡Despierta, Mónico! ¡No puedes seguir escondiéndote! ¡Sal de la cama de una vez!

Mónico se da la vuelta, abre los ojos, mira a Ilsa y se vuelve a acurrucar en la cama dándole la espalda al tiempo que le pregunta:

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has entrado? ¿Por qué no me dejas en paz?

—En primer lugar, estoy aquí porque he venido a ayudar a un amigo. En segundo lugar, la manera en que me cuelo en casas ajenas es algo que forma parte del secreto profesional al que me debo. Y, en último término, no te dejo en paz, básicamente, porque no me da la gana. Porque no me resulta agradable verte así, regodeándote en la pena y exprimiendo al máximo tu sentimiento de culpa. No creo que tu actitud sea sana; es más, ni siquiera creo que esté justificada. Sé que te culpas de la muerte de Marta. Sé que te empeñas en creer que si hubieras estado pendiente de ella podrías haberla salvado. Y sé que todos esos pensamientos te llevan a sentirte terriblemente culpable y el primer y último responsable de su muerte. Y, sin embargo, vengo a que entiendas que los únicos

responsables de la muerte de Marta son los que ordenaron su ejecución y los que la llevaron a cabo.

—Ya. —Mónico se incorpora en la cama—. Pero si yo le hubiera contado a Marta en qué andaba metido su marido, si la hubiera prevenido contra «ellos», Marta ahora podría seguir viva. Y, sin embargo, con mi actitud, puse a Marta en el punto de mira.

—Aunque todo eso fuera verdad, que no lo es, tú seguirías sin ser culpable de nada. Solo podrías ser responsable de haber intentado protegerla, incluso del recuerdo de lo que su marido había sido.

Mónico no deja de negar con la cabeza enterrada entre sus rodillas mientras escucha a Ilsa.

—Pero, como te digo, es que además no es cierto que tú la pusieras en el punto de mira. Tu querido comisario era un cabrón muy listo que, para cubrirse las espaldas en todo lo concerniente a sus reuniones con su grupo de bestias salvajes, abrió una cuenta secreta a nombre de Marta, que ella misma desconocía. Así, cualquier gasto asociado a sus vicios compartidos, o cualquier dinero recibido de ellos para la organización de los eventos o la adquisición de lo que fuera necesario en esas veladas quedaba reflejado en una cuenta en la que solo figuraba ella. ¿Me sigues?

Sin levantar la cabeza, Mónico asiente. «Al menos ha dejado de negar constantemente», piensa Ilsa.

—Cuando ella descubrió esa cuenta y accedió a los movimientos de sumas tan importantes de dinero, se empeñó en descubrir quiénes eran los que ingresaban tales cantidades y cuál era la finalidad de todo ello. Así que fue ella solita la que se puso en el centro de la diana. Tú no tuviste nada que ver y, aunque hubieras tratado de convencerla para que no ahondara

en busca de más información, sabes que ella no te hubiera hecho caso. Por lo que he averiguado de Marta, era una mujer decidida, valiente y con mucha personalidad.

—Sí, lo era —afirmó Mónico, levantando por fin la cabeza.

Ilsa miró a Mónico con una ternura impropia de ella, pero no podía evitar sentir cierto sentimiento maternal ante un hombre que expone sus sentimientos de forma tan abierta y natural. Mónico no esconde ni lo que es ni lo que siente, y eso es algo que no todo el mundo aprecia ni valora igual, pero que mucha gente sí admira en él.

—Si quieres que sigamos hablando vas a tener que salir de la cama y pegarte una buena ducha, por cierto. —Ilsa acompaña sus palabras con ostensibles gestos que evidencian el mal olor de un Mónico que lleva encerrado varios días en su dormitorio—. Mientras, yo voy preparando café.

Ilsa se dirige hacia la cocina y comienza a investigar hasta conseguir todo lo necesario para preparar café y hacer unas tostadas. Enciende la cafetera y, mientras se calienta, va poniendo a tostar unas rebanadas de pan de molde, que es lo único que ha encontrado. Cuando ya está a punto de acabar, aparece Mónico con el cabello aún húmedo y con tan solo una toalla en la cintura. Ilsa se lo queda mirando de modo descarado.

—¿Qué? —dice Mónico.

—Pues que parece mentira que antes tuvieras cuerpo de mujer, porque tienes un cuerpazo. Se nota que te das caña en el gimnasio, ¿eh?

—Si quiero tener un cuerpo más masculino, es imprescindible. El único recuerdo de mi yo anterior son las feas cicatrices de los pechos.

—Las cicatrices no son feas nunca, Mónico. Las cicatrices cuentan quiénes somos.

—Puede que lleves razón. Nunca lo había visto así.

—¿Puede? Puede, dice...

—Voy a vestirme.

—Yo ya estoy terminando de preparar el desayuno. No tardes.

«Ilsa lleva razón en todo lo que me ha dicho, pero da igual. Yo sé que no traté bien a Marta. Nunca fui lo suficientemente agradecido, ni cuidé la relación que teníamos, ni me preocupé por cómo pudiera estar, sobre todo cuando descubrí lo que realmente era su marido, mi comisario. Eso es algo que ya no puedo cambiar, lo sé. Pero me entristece pensar que, en ocasiones, las preocupaciones propias de alguien que, como yo, tiene que luchar contra uno mismo primero, contra la familia después y contra el mundo siempre, me lleven a ese punto de egoísmo en el que me olvido de los demás, como si lo que ellos pensarán, sintieran o sufrieran no fuera asunto mío. No me gusta ser así. Pero es algo que nos pasa a todos. Nos comportamos especialmente mal con las personas que más nos cuidan, mejor nos tratan y más nos miman. Es como si nos malacostumbráramos a recibir todo ese cariño y ese amor de personas tan generosas que no piden nada a cambio y, ante ese comportamiento tan encomiable, respondemos como si fuéramos unas divas que merecen todo eso y más. A mí no es la primera vez que me pasa. Y me cabrea cuando me doy cuenta. Me cabrea que el entorno, el trabajo, mis propias preocupaciones, me alejen de los demás. Ya he huido durante demasiado tiempo y ahora lo que debo hacer es entender que no voy a ayudar a Marta regodeándome en la culpa, creo que eso sería demasiado egoísta. Ahora tengo que agradecer a Ilsa su preocupación por mí. No puedo caer en el mismo error de nuevo. Así que espabila, chaval».

—¡Vamos, Mónico! ¡Que se enfrían las tostadas!

—Si es que te tengo que querer, primor —dice Mónico desplegando toda su zalamería *granaina*.

—Me alegra comprobar que mi charla te ha ayudado —afirma Ilsa—, porque hace un rato parecías una acelga mustia.

—La verdad es que me has hecho reflexionar y tomar una decisión. Bastante tengo yo con aquello de lo que soy realmente culpable o responsable como para asumir lo que les corresponde a otros, así que solo me queda un camino: acabar como sea con los responsables de la muerte de Marta, que casualmente coinciden con los responsables de la muerte de Antonio Sepúlveda. —Mónico ha soltado toda la perorata casi sin respirar—. Y no veas lo bien que se siente uno cuando ya tiene claro un propósito en la vida.

—Me apunto —responde Ilsa como si nada.

—¿Así, sin más?

—¿Qué quieres? ¿Un pacto de sangre? ¿Un juramento secreto en latín? Tenía clarísimo que ibas a hacerlo y tan solo estaba esperando a que me lo pidieras.

—¿Por qué las tías siempre lo sabéis todo antes que nosotros?

—No lo sé, la verdad. Esperaba que eso me lo contestaras tú, que has militado en los dos bandos... —Ilsa se echa a reír a carcajada limpia, mientras Mónico no sabe si reír, porque le ha hecho gracia la puya, o desesperarse porque ella lleve razón de nuevo.

—Se te va a enfriar el desayuno con tanta risa...

Ilsa intenta contestarle, pero no puede parar de reír. Mónico, resignado y divertido a la vez, ataca el desayuno con inusitada voracidad. Ni siquiera era consciente del hambre que tenía. Sin embargo, de pronto nota un cambio en el ambiente.

Deja de oír de golpe la risa de Ilsa y, de reojo, mientras le hinca el diente a la tostada, ve cómo se levanta, coge el mando de la televisión y comienza a darle voz compulsivamente.

—¿Ocurre algo? —pregunta Mónico todavía con la boca llena de comida.

—¡Calla y escucha!

En el televisor del salón, una enorme *smart TV* de 60 pulgadas que se ve de maravilla, se cuele el rostro impertérrito, frío, insoportable para ellos, pues han visto su lado más horriblemente oscuro, de Enrique Nieto. Mónico tiene que dejar de comer, asqueado por la mera contemplación de ese monstruo, cuando, de pronto, nota cómo Ilsa le coge la mano. Ella está temblando, porque no es solamente la visión de esta bestia inhumana: a ese mal trago se suma la noticia que está dando.

—Atiende, Mónico, es terrible.

Mónico atiende muy serio a la noticia, sin pronunciar ni una palabra, y procura no perderse absolutamente nada de la intervención de Enrique Nieto.

«... la operación llamada Sana, se inició ayer por la mañana, cuando una menor de edad se refugió en un estanco del centro de la capital, huyendo de un local en el que había sido secuestrada y violada durante tres días. Ese fue el testimonio que dio al dueño del estanco, que rápidamente informó a dos policías locales que pasaban frente a su establecimiento y que fueron quienes custodiaron a la chica hasta la llegada de la Guardia Civil, la Policía Nacional y una ambulancia que se encargó de trasladarla al hospital más cercano. Los agentes se dirigieron al local señalado por la chica y, efectivamente, encontraron una especie de zulo oculto y de difícil acceso, con todo tipo de objetos y materiales que encajaban perfectamente con lo que la chica había descrito en su declaración.

A partir de ese momento, se pone en marcha una investigación que, hasta ahora arroja un total de 15 detenidos, acusados todos ellos de haber montado una red de prostitución infantil con chicas menores de edad que captaban en Centros de Menores de la Comunidad de Madrid. Su *modus operandi* consistía en engancharlas primero al consumo de crack, para posteriormente usarlas en la venta de droga y acabar ofreciéndolas como prostitutas a sus clientes habituales. Según nos cuentan fuentes de la investigación, uno de los detenidos es el padre de la menor que logró escapar de la red y está acusado de vender a su propia hija para que la prostituyeran por dos bolsas de cocaína. La investigación sigue abierta y no se descartan nuevas detenciones en los próximos días, ya que parece ser que la banda contaba con ramificaciones en diferentes provincias de España, no solo en Madrid, usando siempre a chicas que se encontraban en ese momento en Centros de Menores, bajo la custodia de la administración».

Silencio. Mónico apaga el televisor y no necesita mirar a Ilsa para saber cómo se siente. Ella hace amago de hablar tras el esfuerzo de tragarse las lágrimas, pero Mónico la corta con un gesto de su mano. Es un gesto exhortativo, pero no cortante. Ilsa comprende inmediatamente que necesita algo de tiempo para reordenar sus pensamientos antes de hablar. Mónico continúa con su desayuno y cuando ha terminado, recoge la cocina.

Ilsa lo espera impaciente en el salón, haciendo como que mira los libros y las películas que Mónico acumula en sus estanterías.

—¿Has visto lo que he visto yo? —pregunta Mónico de pronto.

—No sé a qué te refieres —contesta Ilsa—. Yo he visto a Enrique Nieto dar una noticia terrible sobre una red de prostitución de niñas.

—Está claro que no hemos visto lo mismo. —Mónico se detiene, pensativo, incrédulo, sin dejar de caminar como un león enjaulado—. Yo he visto a Enrique Nieto dar la noticia sobre cómo ha caído una red de prostitución infantil, mientras en su mirada no podía dejar de ver la maldad en estado puro. Tras el velo frío con el que cubre sus ojos, veía claramente las emociones que en él iba despertando la noticia de la que hablaba. No me cabe ninguna duda de que está implicado en lo ocurrido. No sé cómo ni de qué manera, pero él estaba allí. Lo he visto en sus ojos.

Mónico no puede parar de moverse. Ilsa lo mira con una mezcla entre admiración y tristeza, pues ve en Mónico la pasión y la determinación que tanto ha echado de menos a lo largo de su vida en muchas de las personas con las que se ha cruzado, empezando por sus padres, que le ofrecieron todo lo que necesitó y mucho más, pero de los que nunca sintió el cariño, la cercanía, la pasión que ha llegado a percibir entre otras familias. Sus padres siempre estaban ocupados trabajando o disfrutando de su ajetreada vida social, mientras relegaban a Ilsa a un plano secundario, dejándola a cargo de niñeras, cuidadoras, institutrices... Eso sí, siempre compensaban sus ausencias y su desapego con todo tipo de regalos, caprichos y lujos. Ella misma se asombra de no haberse convertido en una niña consentida. No sabe muy bien si fue gracias a alguna de sus niñeras, que fue con ella bastante estricta y exigente y nunca le consintió nada, o gracias a las muchas lecturas que devoró durante su niñez y adolescencia, o gracias a que se encerró en el mundo de fantasía que le proporcionaban los videojuegos...

o simplemente a que ella tuvo una personalidad muy definida y las ideas muy claras desde muy pequeña. La cuestión es que abandonó su torre de marfil en cuanto pudo, se buscó la vida por sus propios medios y con sus padres mantiene una simple relación fría y distante, pero educada y correcta, por supuesto. Por eso Antonio Sepúlveda la impactó tanto. Por eso admira la pasión y la determinación con la que Mónico se enfrenta a la vida y al mundo. Ella siempre ha vivido desde la distancia: primero, porque su familia le procuró una jaula dorada en la que la protegían del mundo apartándola de él y, después, porque ella misma se protegió tras una pantalla y un ordenador. El mundo, la vida, la gente siempre le han resultado algo agobiante y ajeno, especialmente en lo que a los hombres se refiere. Ellos le han ofrecido su peor cara, incapaces de asumir su belleza o su inteligencia, o las dos cosas. El caso es que nunca se había sentido tan cómoda con nadie como lo estuvo con Antonio o como ahora lo está con Mónico. No puede dejar de pensar que existe una afinidad entre las personas que, como Antonio o Mónico o ella misma, sienten el mundo como un muro que se levanta frente a ellos y que deben derribar una y otra vez... Ella puede percibir su conexión con Mónico, y está segura de que él también la siente.

—¿No dices nada? —pregunta Mónico.

—No sé qué quieres que te diga. Da igual lo que yo haya podido percibir o no en la mirada de Enrique Nieto. Es evidente que, si tú tienes tan claro que él está implicado en todo este asunto de la red de prostitución de menores, debemos hacer algo. Confío plenamente en lo que me dices. Ya me has demostrado que puedo hacerlo sobradamente.

—Sé que a lo mejor te parece absurdo, Ilsa, pero lo vi claramente.

—Lo sé. Pero ¿y ahora, qué?

—Necesito pensar. Necesito informarme por cauces oficiales de todo lo que pueda. Y, cuando tenga datos suficientes, veremos qué hacer. Así que me voy a comisaría. —Mientras habla, va cogiendo la cazadora, las llaves, las gafas de sol, el teléfono móvil...—. Por cierto, puedes quedarte aquí hasta que vuelva. De hecho, me gustaría que no te marcharas y encontrarte aquí a la vuelta.

—No hay problema —asiente Ilsa—. Así podrás ponerme al día de todo lo que hayas averiguado cuanto antes.

—Eso es. —Mónico hace una breve pausa ya en la puerta de la calle y se detiene a mirar a Ilsa—. Tengo mucha suerte de que te hayas cruzado en mi camino. ¡Hasta luego!

—Desde luego que sí. No lo dudes nunca. ¡Hasta luego!

Ilsa sabe que la conexión entre ellos puede ser un problema si deriva en algo más. Pero también es consciente de que nadie va a poder detenerlo. Ni Mónico ni ella misma. Es mejor que no le dé muchas vueltas y que ella también se ponga a investigar. Mónico tiene sus recursos, pero son todos legales. Así que Ilsa decide abrirse camino a golpe de ratón a ver qué logra descubrir.

—Hombre, Mónico, ¡qué alegría verle a usted por aquí!

—Buenos días, comisario.

Mónico saluda incómodo, intentando mantener la compostura, a sabiendas de que le espera una buena bronca por los días que lleva sin presentarse en la comisaría ni coger el teléfono.

—¿No tiene nada que decirme?

El comisario no se lo va a poner fácil por lo que parece.

—Quería disculparme con usted y con mis compañeros por mi ausencia de estos días. Sé que este comportamiento no es propio de un policía y supongo que conllevará algún tipo de sanción, pero sinceramente...

—Me alegro de que, al menos, lo primero que haga sea disculparse —le interrumpe el comisario.

—No me siento especialmente orgulloso de mi comportamiento, simplemente ha sido algo que no he podido evitar. Y, si algo tengo claro, es que, cuando cometo un error, lo primero que debo hacer es reconocerlo y pedir disculpas.

—Ya veo. —El comisario mira fijamente a Mónico. No parece especialmente enfadado o alterado, aunque apenas se conocen y todavía se están midiendo el ego—. Su compañero Fernando me ha contado que le había afectado especialmente el suicidio de Marta, la mujer del antiguo comisario. Que ella había sido como una madre para usted cuando se incorporó a esta comisaría y que siempre mantuvieron una relación muy especial.

—La verdad es que mantuvimos una relación muy especial, porque ella era muy especial.

—No tiene por qué disculparse entonces. A veces sufrimos más por la pérdida de alguien que no es familiar directo nuestro, pero que ha sido importante para nosotros. Cuando nos ocurre algo así, todos necesitamos un tiempo para asimilar lo ocurrido. Lo único que me preocupa ahora es saber si se siente con fuerzas para volver al trabajo.

Mónico se muestra realmente asombrado por la comprensión del comisario, aunque le sigue poniendo nervioso ser incapaz de descifrar lo que dicen su rostro o sus gestos. Es desconcertante no poder anticiparte a nada de lo que va a decir, porque siempre mantiene su cara de póker y su mirada impasible.

—Gracias, señor. No esperaba una actitud tan comprensiva por su parte cuando apenas acabamos de conocernos, pero es de agradecer. Para mí, Marta fue un baluarte fundamental en mi adaptación a esta comisaría, a esta ciudad y a mi nueva situación vital. Y ha sido muy duro asimilar su pérdida. De hecho, sigo sin comprender que tomara el camino del suicidio.

—No se sienta culpable, Mónico. Sé que es fácil dar un consejo así, pero siempre que perdemos a un amigo, a un familiar cercano o a un compañero tendemos a sentirnos responsables y a darle vueltas a qué cosas podíamos haber hecho o no, para evitar ese trágico suceso. Y ese es un gran error. No hay más responsabilidades que las evidentes: el asesino en el caso de un crimen o el propio fallecido en caso de suicidio. Todo lo ocurrido previamente al sonido del disparo o al ruido de la cuerda cuando se cierne al cuello del suicida es intrascendente, porque solo un segundo de lucidez habría bastado para salvar esa vida.

—Cierto. Pero pese a haberme aislado del mundo para asumir la tragedia, como ve, ya estoy de vuelta y con ánimos y energía. —Mónico decide zanjar ya la cuestión, antes de que la sensación de vértigo, de vacío y la opresión en el pecho vuelvan a paralizarlo.

—Eso es lo que quería oír. Bueno, Mónico, me encanta tenerlo al pie del cañón. Ahora procure echarle una mano a Fernando, que está algo atascado con un caso.

—Antes de eso, quería hacerle una pregunta, comisario.

—Adelante.

—Acabo de escuchar en las noticias el caso de una red de explotación sexual de menores que ha ocurrido en Madrid y parece ser que tiene ramificaciones por varias provincias españolas.

Es un caso que ha traído a mi memoria el testimonio de una niña de 14 años que nos contó cómo un cantante de trap la captó a través de *Instagram* y acabó enganchada a la base y siendo prostituida por él. Fue un caso que nos impactó a todos, pero siempre creímos que era un hecho aislado y puntual. No sé aún cómo operaba la banda que ha caído en Madrid, pero no he podido evitar asociar ambas historias. —Mónico percibe claramente que ha captado la atención del comisario, así que decide seguir—. Por lo que me ha parecido escuchar en la noticia, la chica que huyó del zulo donde estaba secuestrada y logró llegar a un estanco desde donde denunció los hechos procedía de un centro de menores dependiente de la Comunidad de Madrid. Pues la chica de la que le hablo estaba también en un centro de menores aquí en Granada. A lo mejor podríamos intentar contactar con los agentes que llevan el caso en Madrid para comparar datos y, si fuera necesario, ponernos a disposición de la investigación. ¿No cree?

El comisario se queda en silencio durante un buen rato, como si estuviera colocando todas las piezas de la información que le acaba de dar Mónico.

—Creo que debería ponerse en contacto inmediatamente con los responsables de la investigación en Madrid, claro que sí. Voy a hacer unas cuantas llamadas y ahora le digo algo.

Mónico se despide con un gesto de agradecimiento.

—Tengo la impresión, Mónico, de que usted siempre logra lo que busca aunque pueda llegar a perjudicarle directamente. Es como si no pudiera alcanzar ningún objetivo que se plantee sin sufrir antes lo indecible.

—Es una forma bastante certera de describir quién soy y lo que hago.